

## “Desde dónde y cómo vi a Fernando Hoyos”

Juan Hernández Pico (2006: 9-13) jesuita, bilbaino-guatemalteco, amigo y compañero de Fernando, escribe:

Una mañana de junio de 1975, dos años y medio después de nuestra llegada a la Zona 5, recibimos la edición de los documentos emanados de la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús en Roma. Nos fascinó leer en aquellos documentos que la Congregación General 32 había actualizado la misión de la Compañía de Jesús, declarando que ésta se formulaba hoy como *servicio de la fe y promoción de la justicia*, o –en otros términos– *el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta* (4, 2). O también, y más radicalmente, que debemos estar *en la lucha crucial de nuestro tiempo, la lucha por la fe y la lucha por la justicia* (2, 2).

También nos decían los documentos que *no trabajaremos por la justicia sin que paguemos un precio* (4, 46) afirmación que se tomó de un discurso a la Congregación del P. General Pedro Arrupe, el cual la experimentó en su propia carne y en su espíritu unos años más tarde. De 1977-2006 han muerto asesinados 48 jesuitas, son nuestros mártires.

Nosotros, en la Zona 5, ya habíamos experimentado la amenaza del entonces ministro de Gobernación de Guatemala, Roberto Herrera Ibargüen. Tuvimos que refugiarnos en otras comunidades de los jesuitas porque la nuestra estaba a punto de ser allanada sin orden judicial por la policía. Intermitentemente hasta 1977, y diariamente después, nuestra casa estuvo sometida a una notoria vigilancia de agentes *secretos* sin uniforme, hasta que el P. Jorge Toruño Lizarralde, ya fallecido y entonces superior de la residencia de La Merced, nos acogió en 1979 en su comunidad.

Antes de esto me tocó viajar a Quiché con otro compañero para traer a Fernando, sobreviviente de un intento de secuestro del Ejército en Santa Cruz del Quiché, donde trabajaba todos los fines de semana. Para nosotros, que vivíamos en Centroamérica y que los obispos latinoamericanos (Medellín, 1968) habían calificado como padeciendo *una situación de injusticia* y de *violencia institucionalizada*, fruto de una *situación de pecado* que negaba el don de la Paz, y con él al donante, Jesucristo, y a su legado de paz para la humanidad-, la actualización de la misión de la Compañía nos alegró inmensamente.

Luchar contra esta situación se convertía en nuestra misión y así lo habíamos visto desde 1965, cuando fue fundado el CIASCA en París por nuestro entonces superior provincial, Luis Achaerandio, en la sede de L'Action Populaire, centro social de los jesuitas franceses. Muchos pensaron que todo esto era abdicar de nuestra condición de evangelizadores y religiosos y perder de vista las raíces de nuestra fe: *¡Eso es sólo sociología!*, escuchábamos.

La verdad -nuestra verdad- era que a nosotros nos había llegado al corazón el clamor de Jesús de Nazaret: *Siento compasión de esta gente porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer. Si los despiden en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos han venido de lejos* (Marcos 8, 2-3). *Porque eran como ovejas sin pastor* (Marcos 6, 34). Aquella multitud había estado ya con Jesús, él les había anunciado ya la cercanía del Reinado de Dios y la necesidad de creer en ese Evangelio y cambiar de corazón y de vida (Marcos 1, 15). Pero el espíritu únicamente no bastaba. Jesús decía que era preciso satisfacer también el hambre, la primera de todas sus necesidades materiales, y para ello había que suscitar la solidaridad de sus discípulos; por eso les preguntó cuántos panes tenían, se los pidió, los tomó y los partió para compartirlos con la gente (Marcos 8, 5-6).

Quiero dar fe hoy de que la motivación profunda y pública de nuestra tarea social era, en nuestra conciencia, la fe, la esperanza y el amor cristianos que habíamos recibido en el Evangelio. Y sobre todo el conocimiento de Jesucristo, el amor a Él y el seguimiento de Él, que habíamos pedido y experimentado en lo más central de nuestra espiritualidad, los Ejercicios Espirituales, y cuyo rostro humillado y ofendido se nos presentaba sólo por la fe en las personas hambrientas y sedientas, sin techo digno, perseguidas, encarceladas y discriminadas racialmente, que formaban las mayorías de nuestros pueblos centroamericanos.

De hecho, el famoso texto de Puebla sobre los *rostros de Jesucristo sufriente en los pobres* fue redactado originalmente en 1978 por Fernando, y en esta versión se encuentra en un capítulo del libro que se elaboró con los textos sociales que luego entregamos a un grupo de obispos en Puebla (1982).

Fernando era sacerdote desde diciembre de 1973 y había contribuido a fundar el Comité de Unidad Campesina (CUC), como fruto de su trabajo con campesinos de la Costa Sur y del Altiplano indígena en la reconstrucción de Tecpán y de Comalapa. Como director del CIASCA, fue invitado en 1980 a una reunión de directores de centros sociales de los jesuitas en Roma. Volvió de ella profundamente desilusionado. Nos dijo que no veía ninguna posibilidad de que la misma Compañía, como institución, lanzara su peso a favor de las revoluciones políticas en Centroamérica. Ahí -creo yo- estuvo la decisión de profundizar su vinculación con el EGP y cambiar su disponibilidad con la Compañía de Jesús por una disponibilidad plena con la organización revolucionaria.

Para Fernando y otros compañeros los documentos de la Congregación General 32 de los jesuitas acabaron por llegar demasiado tarde. Y en el fondo sintieron que no iban suficientemente lejos en el acompañamiento de las luchas populares.

Murió el 13 de julio de 1982, murió sin que su pedido de dejar la Compañía hubiera terminado de ser tramitado con el Vaticano, y el P. Delegado Pontificio para la Compañía, Paolo Dezza, lo incluyó en el catálogo de difuntos de la Compañía.

Después de la muerte de este amigo entrañable, uno de los más leales que haya tenido nunca, me tocó ir a España en septiembre y llevé conmigo la carta en la que la URNG comunicaba a su familia la caída en combate de Fernando. Ellos habían asumido las decisiones de Fernando con generosidad y su muerte por la causa de la justicia, por los pobres de la tierra y con ellos, fue también un orgullo para su familia. Su padre y sus hermanos habían asumido el lema de Fernando, tomado de Martí: *Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar*.



**Los jesuitas  
de la Zona 5**

De pie: Enrique Corral, Ricardo Bendaña, Napoleón Alvarado, Alfonso Javier Tocino, César Jerez y Ricardo Falla.

Sentados: Jon Bilbao, Juan Hernández Pico, Juan Soriano y Fernando Hoyos.